

Todo pasa, menos...

Fernando Torre, msp.

«Todo pasa, menos el haber sufrido por Dios con amor»¹, escribe Conchita. ¿Qué valor tendrá el sufrimiento, para que ella haga tal afirmación? En sí mismo, ninguno; pero sufrir *por Dios con amor* es una mina riquísima. No es el sufrimiento lo que produce un fruto duradero, sino la manera como sufrimos.

Todos hemos experimentado enfermedades, fracasos, injusticias, humillaciones, muerte de seres queridos... Algunas cruces nos vienen del hecho de ser humanos; otras han sido producidas por los demás; incluso nosotros mismos hemos sido la causa de algunos de nuestros dolores.

Sufrir «por Dios» significa «padecer por ser cristianos» (1P 4,16). Seguir a Jesús supone luchar contra nuestro pecado, egoísmo, pereza e indiferencia; exige amar, servir, perdonar, evangelizar, entregar la vida. Vivir el Evangelio implica una constante búsqueda de Dios y esforzarnos por ser mejores; nos expone al rechazo, la calumnia, la persecución y el martirio.

La clave para que el sufrimiento tenga un resultado positivo está en sufrir «con amor». Sin amor, el sufrimiento puede amargar a una persona y destruirla; puede alejarla de los demás y enemistarla con Dios; puede aun empujarla al suicidio. La flama del amor no le quita al sufrimiento su carácter triste y repugnante, pero hace que quien sufre tenga fortaleza, paz y esperanza.

«Todo pasa; lo bueno y lo malo; las ilusiones, las esperanzas, las alegrías y las tristezas»²; sólo permanecen los efectos de «haber sufrido por Dios con amor». *Ese sufrimiento* nos purifica, nos hace «compartir los sufrimientos de Cristo» (1P 4,13) y nos transforma en él. Ese sufrimiento es fecundo, hace bien a los demás. Ese sufrimiento nos abre las puertas del cielo.

Cualquier sufrimiento si es vivido «por Dios con amor» no pasa; produce un fruto que perdura.

¹ Carta escrita el 26 mayo 1923, en *Cartas a Teresa de María*, México 1989, 389; cf. 260, 275.

² Carta escrita el 19 junio 1919, en *Cartas a Teresa de María*, México 1989, 275.